

JARRITA CERÁMICA

Jarrita cerámica de carácter votivo, probablemente de finales del siglo XIII, procedente del Horno de la Santa en Santa Mariña de Augas Santas, Allariz.

Esta pequeña jarra cerámica es una de las muchas, cerca de ciento cuarenta, aparecidas en buen estado de conservación en el curso de los trabajos arqueológicos que se realizaron en los años finales de la década de los cuarenta en el Horno de la Santa, en Santa Marina de Aguas Santas, Allariz. Pocas noticias detalladas existen de su hallazgo, ya que tanto Xaquín Lorenzo como Chamoso Lamas en sus trabajos sobre el monumento y conjunto artístico, publicados ambos en Cuadernos de Estudios Gallegos, las mencionan de pasada, caracterizándolas además como “pertenecientes a una etapa avanzada de la romanización”, sin entrar en más precisiones. Después, Monteagudo al dar cuenta de las tampas de estola aparecidas en el Horno dice: "Monumento soterrado llamado "Horno de la Santa", de origen prerromano, utilizado en época romanas (135 cacharritos para agua lustral) y germánica". Las informaciones verbales sitúan el hallazgo del conjunto cerámico en el depósito de aguas, descrito como “piscina”, en el interior de la cripta o horno de la Santa, en la zona sur del castro o ciudad de Armea, pero otros informantes, antiguos trabajadores de las excavaciones, hablan de que aparecen también fuera, en los caños. En cualquier caso, vinculados claramente a una utilización de las aguas del lugar.

Consideradas romanas o germánicas, como acabamos de indicar, el conjunto de estas piezas, de las que hoy destacamos una de las dos que se conservan en el Museo, pasaron durante mucho tiempo desapercibidas. Sin embargo, un análisis más detallado permitió su identificación como una muestra muy ilustrativa de la tecnología y tipología de las formas cerámicas de la Edad Media, de los siglos XIII y XIV, a los que hoy las atribuimos sin dudas frente a las consideraciones iniciales.

Se trata de una pieza pequeña, de color gris, de once cm. de alto y siete de diámetro máximo, con un cuerpo casi globular, cuello muy marcado y labio desarrollado en vertical y amplio, troncóncavo invertido, con una asa, y, cerca de ella, tres incisiones alineadas en vertical, resultando representativa del conjunto recogido en su día en las excavaciones y, más aún, de uno de sus grandes tipos formales.

Se caracteriza este amplio conjunto por el color de sus pastas, gris pérola - resultado de una cocción reductora a una temperatura de ochocientos grados-, micácea, con degasante orgánico visible -pequeños carbones-; por la textura externa -rígidas al tacto-, y por la factura con un torno que produce grandes irregularidades. Hay también una coincidencia en la decoración, muy limitada formalmente, y que abarca incisiones formando grupos o alineaciones tanto verticales como horizontales, líneas incisas paralelas, casi siempre ondulantes, y undulaciones. También, excluyendo una media docena de excepciones, el tamaño es coincidente, entre los nueve y once centímetros de altura.

Dentro del conjunto parece posible establecer tres tipos generales de acuerdo con su morfología. El más numeroso, casi dos tercios de las piezas, lo integran piezas semejantes a que hoy sirve de pieza del mes; esto es, jarritas de cuerpo casi globular, cuello muy marcado y boca troncocónica invertida de labio liso y recto. Tiene fondo liso o ligeramente cóncavo y poseen un asa que va desde la panza del cuerpo al inicio del borde, de sección casi circular, ligeramente aplanada. Se pueden establecer variantes se atendemos a la decoración, en la que se presentan todas las modalidades ya reseñadas, algunas veces combinadas.

Un segundo grupo, numeroso, que abarca un quinto de las piezas recogidas, lo forman también jarritas, casi cilíndricas, con un cuello apenas señalado por un estrangulamiento y labio recto y vertical. Tienen asa que arranca en la mitad del cuerpo y se acerca a la boca, con sección casi circular. Son en su mayor parte lisos, pero los hay también decorados con incisiones, alineadas o no, y con líneas que recorren el cuerpo.

Un tipo tercero, numéricamente menos significativo, lo forman pequeñas cántaras de cuerpo redondeado, cuello alto y marcado y borde corto y ligeramente exvasado. El asa arranca en la mitad del cuerpo y remata en el labio, presentando además sección rectangular. Los ejemplares de mayor tamaño, que llegan incluso a los veinte o veinticinco centímetros de alto corresponden a este tipo y presentan también en algunos casos pico vertedor.

El lugar donde se encontró es el interior del Horno de la Santa, en el conjunto monumental de la conocida como Basílica de la Asunción en las cercanías de la ciudad de Armea, donde se localizan las pruebas del

martirio que, según la leyenda piadosa, sufrió Santa Mariña, la titular de la parroquia y mártir. Las características de este singular monumento y conjunto sobrepasan las posibilidades de ser descritas y contempladas en el presente comentario, por lo que brevemente destacamos el hecho de ser un monumento de origen prerromano y que, por su vinculación con la leyenda, adquirió con el paso del tiempo un evidente carácter de culto martirial, que se mantuvo vivo y que se desarrolló con mayor fuerza en los siglos centrales de la Edad Media.

El hecho de haber aparecido las jarritas en el depósito de agua, o en su sumidero, que para el caso es lo mismo, les otorga un claro carácter de ofrenda, dentro de un ritual que desconocemos -éste carácter ya fue indicado por Monteagudo- en el que parecen haber servido para beber y luego depositarse. Se nos escapan, con todo, las razones del uso y el porqué de su depósito, aunque el lugar de su encuentro y el carácter milagroso de las aguas santas, sugieren claramente su carácter de ofrenda, dentro de un ritual vinculado con el culto de la mártir Santa Mariña.

La cronología es claramente medieval. Así lo evidencia el análisis formal -su factura, forma y características hoy bien conocidas-, pero creemos que por el hecho de haber aparecido en relación con el depósito de agua, dentro del Horno de la Santa, previsiblemente cuando se utilizaba como una cripta y como lugar de culto en relación con la construcción de la basílica que se comienza en el lugar a finales del siglo XIII o en la primera mitad del XIV, se refuerza esa atribución cronológica.

Nuestra pieza del mes ingresó en el Museo entregada por su dueña, Olga Gallego, mientras que la que hace pareja con ella lo hizo por gestión de José González. En la casa parroquial de Santa Marina aun están otras y lo que fue depósito provisorio durante los trabajos arqueológicos para luego traerlas al Museo se convirtió de facto en definitivo.